

Una puerta en el desierto

A door in the desert

Wanee piicho 'u watchuwalu'u

Limedis Castillo Mendoza
ljcastillom@uniguajira.edu.co
Universidad de La Guajira. Colombia

*“Los wanülüü beben chicha
en los ranchos abandonados
y el silencio trae
el diálogo oculto de los muertos”.*
Vito Apüshana

De lejos, la ranchería se ofrece desierta. El sacerdote desciende del vehículo y luego se ve envuelto en una nube de polvo. Ve cómo la vieja camioneta se aleja y serpentea entre tunas, cardones y trupillos. La columna de polvo se alza a lo lejos y parece no desvanecerse nunca. Lo recibe una mujer vieja, sin decir palabra y lo guía hasta la enramada. Aún en silencio ve que la mujer entra en una casita de barro y, al instante, en la misma casita escupe a tres indígenas también viejos. Llegan hasta él. Lo saludan dándole la mano y les hace una reverencia. Después de cruzar algunas palabras en un *wayuunaiki* entremezclado con español, los ancianos *wayuu* le entregan las pertenencias del antropólogo, contenidas en un baúl grande de madera; también unas llaves. El sacerdote estaba enterado de los pormenores del asunto y de la misteriosa desaparición del antropólogo. Habían pasado tres meses y podría suponerse que estaba muerto. Un extranjero haciendo filantropía entre los *wayuu* del desierto, un arijuna entre aborígenes era bastante interesante para el religioso. Por último, los ancianos le señalan una improvisada iglesia que había sido utilizada como residencia por el antropólogo durante los tres años que estuvo allí. El sacerdote pide que le acompañen al lugar, pero recibe una rotunda negativa.

La edificación no es gran cosa. Está hecha de hormigón rústico y pintada de cal, de paredes gruesas y techo alto de tejas; una nave pequeña con una sola ventana al frente, un pequeño pasillo que lleva a otros compartimientos. A la derecha dos habitaciones, y lo que parece ser la cocina a la izquierda; al fondo, un pequeño patio con cercado de

cactus. Las habitaciones tienen puertas metálicas. Sólo una está asegurada con una cadena de hierro oxidado. Al sacerdote le parece extraño que los *wayuu* teman a la edificación. Sin embargo, a regañadientes, tres de las ancianas le ayudan a limpiar un poco y, finalmente, cuando el sol casi cae, queda ya instalado y no se lo ve incómodo. Acomodó sus cosas en la habitación contigua a la que estaba resguardada con cadena; total, sólo iba a quedarse dos días ultimando algunos detalles en la readecuación de la iglesia, y luego se iría para volver en dos semanas. La diócesis lo había designado para llevar la palabra a las comunidades del desierto y su estadía permanente allí sería en esa iglesia.

La noche fue tranquila y los sueños, si los tuvo, sin sobresaltos. Pese a esto, se levantó mucho antes del amanecer. Así ve ahora las sombras últimas en que la noche va agonizando. Un poco más tarde, un leve atisbo de luz opaca danza a su alrededor. Pronto aparecerá el sol y, en dos días, nada para mencionar. Al alborar, las labores de limpieza y acomodo del resto de la iglesia se desempeñaron tranquilamente; la habitación encadenada fue lo único que no se tocó. Al tercer día regresaba a Dunaria, dejando todo listo para iniciar la misión encomendada en la ranchería.

Ya en Dunaria, en la tranquilidad del patio de su casa, el sacerdote siente curiosidad por mirar el contenido del baúl. Alguien vendría por él al día siguiente. Según se había acordado, el hermano del antropólogo se llevaría sus pertenencias. Sin vacilar procede. El baúl no tiene candado. Levanta la tapa con un poco de escozor y respeto por la vocación de servicio del antropólogo, Jacques Pontmercy, a quien escuchó mencionar en algunas correrías por la indócil Guajira; nunca lo conoció. Lo primero que ve es una lámpara de keroseno muy bien cuidada, algunos otros enseres, un pasaporte junto con algunos billetes de moneda local, de baja denominación, agobiados por el salitre de la intemperie. Muchos libros iban apareciendo al escarbar; más de los que, en apariencia, parecía albergar la capacidad de aquel cubículo. (*El Pensamiento Salvaje* de Claude Lévi Strauss; *El camino de los indios muertos: mitos y símbolos*, de Michel Perrín) Tantos otros legajos de fotocopias, manuscritos y folios relacionados con la cultura aborigen se fueron asomando, casi infatigables, a su escrutinio; además, tres botellas de vino tinto, un ajuar de campamento, sandalias de misionero, un pasaje de regreso a Europa vencido, unas llaves y, en el fondo, un cuaderno de hojas a rayas cocido con hilo y encuadernado en piel de oveja, y dentro del cuaderno, una fotografía.

El sacerdote se interesa por el cuaderno. Ve que es el diario del antropólogo. Lo manosea. Lo abre. Desde adentro, salta la fotografía; es la imagen de un hombre a medio cuerpo, quizás de unos veinticinco a treinta años de edad. La expresión del rostro se muestra triste, demasiado huesuda para alguien tan joven. En los ojos de aquel hombre, la luz de un día de invierno casi se ahogaba. El sacerdote supone que es la fotografía del antropólogo porque al respaldo reza: Jacques Pontmercy, París, navidad de 1995. Tras leer la data, vuelve a mirar la imagen y advierte algo de familiaridad en ella. Piensa —y eso lo estremece— en la suerte del antropólogo, en su desaparición misteriosa, sin dejar señal alguna. Se ve impelido por un sentimiento que le hace agitar el espíritu. “¿Qué ha sido de él?”, se pregunta una y otra vez. Ya en una profunda

meditación, cree que pueda encontrar algún indicio, una pista o, siquiera, un punto de partida en el diario para dar con él. Se prepara. Se decide a leerlo.

Las primeras hojas están atiborradas de figuras extrañas y símbolos desconocidos. Luego de una hoja en blanco, se puede empezar a leer en una caligrafía pulcra:

1 de septiembre

No sé cómo dar con esa imagen. He leído algunos cuentos de un escritor costumbrista sobre los mitos wayuu. En esos relatos de las pampas aparece la voz de los Arcanos, y allí encontré que “Chamma” es hija de Pulowi, es antropófaga, horripilante, de senos grandes y pelo enredado, cuyo rostro está enmarcado con una horrible cicatriz. Suele asustar a las niñas con su imagen; hace desaparecer a las doncellas y a los hombres apuestos. Su olfato es muy desarrollado.

3 de septiembre

Hoy fui donde una alfarera de la casta Uriana. Le pedí, en mi rudimentario wayuunaiki, que me hiciera una Chamma del tamaño natural; ella entendió mis pretensiones. Vi mucho terror en sus ojos. Me respondió de mal talante algo que entendí de modo difuso, pero significaba, por sus ademanes, que yo estaba loco. Era una negativa. Ella no lo haría, me hizo entender, que me olvidara de eso, me pidió al final. Las figuras antropomorfas siempre me han llamado la atención. Hoy es sábado, y los caminos se vuelven intransitables. El resto del día me dediqué a observar los quehaceres rutinarios de los hombres de la ranchería.

5 de septiembre

Hoy fui a la llamada Ciudad del sol y la sal. Reclamé el dinero de mi remesa en una oficina bancaria. Pasé por el mercado guajirito y compré café y harina de maíz; son esas las mejores dádivas para los wayuu. Casualmente, en el ajeteo normal de este sábado, ahí estaba el viejo poeta de la ciudad, al quien había conocido el año anterior. Me saludó casi eufórico. “No hay mucha gente con quien hablar de poesía o de arte por aquí”, me dijo ya con menos emoción. “Sí, a mí me pasa igual, me siento como en una isla”, le respondí. Hablamos de cosas locales y me preguntaba, de tanto en tanto, por lo que pasaba en mi país y cómo era la gente de allá. Quedamos en encontrarnos el próximo sábado. Además, él me habló de la poesía, de lo tanto que le gusta la cerveza, y yo de mi devoción por los mitos wayuu y las deidades primigenias de esta cultura. Caminé por la soleada plaza una hora más y luego regresé a la ranchería. Ya entrada la noche, quise leer un rato; el calor y cierto estado de ansiedad me lo impedían. Dos horas después miré mis adquisiciones: tengo wayunkeras, figurillas, amuletos y talismanes. Muchos de estos objetos los he conseguido en rancherías vecinas, en una que se llama Woyotoamana, que está al oriente o en Siapana, por el

lado sur. Antes de ir a la cama, una anciana me informa de un lugar llamado Aremasain, donde estaban vendiendo una Chamma de piedra; ella juzga que está barata, a muy bajo precio. Iré mañana.

6 de septiembre

Me levanté temprano. En realidad, no dormí. En cuanto rayaba el día, me preparé para ir a Aremasain; allí queda un internado para educar indígenas, según sabía. El viaje se hizo placentero. Por el camino, algunas personas, bastante mayores, me contaron una historia sorprendente, me hablaron de Chamma. Ya en el caserío, busqué la casa de las artesanías, un niño wayuu me acompañó. La que atendía se llenó de asombro al preguntarle por la Chamma que estaba en venta. “Quiero comprarla”, le dije sin titubear y le mostré el dinero. Ella accedió y me llevó al fondo de la tienda. “Esta es”, me dijo, descubriendo la figura lentamente. Mientras la tela caía vi una figura admirable, de dimensión natural, y dado que la vendedora insistía en que era la última que quedaba, no vacilé en comprársela. Detallé la estatua con minuciosa calma: la piedra es uniforme y ordinaria, ello no disminuye la distinción del aspecto terrorífico, en el que los dientes tienen tal fuerza expresiva que logró sugestionarme en el fondo. La vendedora la frotó con cierto líquido de aroma indescriptible; “para que alcance su mortífera realidad”, me dijo en tono místico.

9 de septiembre

La estatua y yo llegamos a eso de las dos de la tarde. El transporte me costó casi igual que el precio de la compra. Pero ya está aquí, en la iglesia en la que me albergaron las autoridades de la ranchería; por el momento en la habitación contigua a la mía. Por lo que sé, estas figuras necesitan la oscuridad y la clandestinidad, el sol le sustrae el color y erosiona la piedra. Además, pierde misterio al aire libre o entre objetos cotidianos de la casa. Nadie en la ranchería sabe de mi adquisición, le tienen mucho miedo. La vendedora me recomendó discreción, me dijo que tuviera mucho cuidado con la estatua, que no era cosa de juego; quizás por ello tenía tantos objetos encima, cubriéndola, cuando quise conocerla; tantas mochilas, mantas y sombreros como había a la mano. Yo no pienso lo mismo, creo que la escultura necesita tranquilidad; por lo tanto, no pondré nada encima. Su expresión es temible, su boca está abierta y muestra sus fauces amenazantes. Después de llegado a la ranchería, con la ayuda de tres hombres, no hicimos más que luchar para acomodarla en el mejor lugar. Al final, me pareció que pesaba más de lo que debería pesar. Quedé tan satisfecho como cansado, que me eché a dormir.

12 de septiembre

Amanecí con desgano hoy. El cansancio me acorraló y me levanté tarde. Anoche llovió. Entré al cuarto de Chamma y encontré muchas palomas descuartizadas; supuse que debió ser Mermelada, mi gata, está preñada y se mantiene hambrienta. Sin embargo, me pareció curioso que la estatua tuviera plumas encima de su cuerpo y algo de sangre en las manos. Imaginé algo inverosímil y reí de mi ocurrencia. Luego, al observarla bien, noté una especie de escamas en sus brazos y piernas. Esto me dejó intranquilo el resto del día y parte de la noche que recuerdo.

14 de septiembre

Hoy me despertaron los desgarradores quejidos de Mermelada. O pudo ser un mal sueño que tuve. Eran las tres de la madrugada. Pensé que estaba atacando a las palomas y eso la divertía, chillaba como cuando el gato del palabrero viene a copular con ella. En la mañana no la encontré, no vino a sobarme y a pedir del pan de almendra que acostumbro compartirle. Salí a la nave central y percibí un delgado hilo de sangre que llegaba hasta la habitación de la escultura y se perdía en la penumbra de aquella hora; había pelos de gato dispersos por todos lados. Acaso por mi preocupación sentí que en toda la iglesia el aire se enrarecía, se respiraba pesado y pegajoso. Un vaho a bestia y a descomposición empezaba a concentrarse y se hacía cada vez más dueño del ambiente. No sé a quién atribuirlo. Estoy ya bastante perturbado. Acaricio la estatua de Chamma y creo advertir más escamas en su cuerpo. Voy a mi habitación por la lámpara de keroseno, acerco la luz al rostro de Chamma y veo que tiene pelos de animal en su boca, que le da un aspecto burlesco; la masa de la escultura, además, parecía padecer de enrojecimiento casi púrpura y casi azul, salvo las uñas que le han crecido y parecen vivas. No sé por qué aquello no me dio miedo. Decidí dedicar la tarde para desescamarla. Lo intenté y fue imposible, por lo que decidí dejarla tal cual estaba.

15 de septiembre

Había dormido poco. El gemir de un animal herido me mantuvo en vela. En la mañana entré a la habitación de la Chamma. Esta vez vi que las escamas habían invadido su cuerpo completamente, y en sus brazos se le fue formando un tipo de textura como la piel humana. Me acerco a su pecho y el zumbido de un pequeño motor vibra adentro, también la transpiración es tenue. Volví a mi habitación a cavilar. No cabe duda, tiene vellos en los brazos y su cabello y sus uñas están creciendo. Impresionantemente, la estatua está sufriendo una especie de transformación; pasa de lo inerte de la piedra a la elasticidad de la vida. ¡Es fantástico!, en mi vida profesional jamás pensé vivir tal experiencia. He dejado de comer, perdí el apetito. La sensación de que esté viva me ha abrumado; sin embargo, eso me hace feliz.

17 de septiembre

Han pasado pocos días desde que la traje y he confirmado que está viva; ya Chamma no es una estatua. Hoy, al amanecer, me di cuenta que ha terminado su metamorfosis por la noche. Con un poco de temor entré entonces a su habitación, casi sin respirar, encendí la luz y allí estaba, erguida, imponente, feliz. Me detuvieron sus ojos grandes como de res, muy separados de la nariz. Los dientes superiores e inferiores salían de los labios a una sonrisa macabra y hermosa al mismo tiempo; sus ojos revelaban vida y anhelaban vida. Ahora, nada más me resta alimentarla y cuidar de ella.

Por un instante, el sacerdote cierra el diario. Medita. Sería inaudito para alguien como él darle crédito a lo que ha leído allí. Ahora recuerda bien el rumor de que un arijuna andaba comprando perros y gatos, supuestamente para una fundación que cuidaba de los animales domésticos. Ahí encuentra algo de lógica y coincide con lo que reza el diario: “los perros y gatos eran para alimentar a la Chamma”. Le parece una locura pensarlo siquiera. “No es más que eso, sólo un mito”, se dice a sí mismo. Ahora, la necesidad de entender lo devuelve al diario:

19 de septiembre

He debido proporcionarle agua para que se lave el rostro, y una toalla. Lo más sorprendente es que entiende mi lengua y he logrado sacarle algunas palabras. A veces, su actitud se me parece a la de un cavernícola. Cuando se enoja, sus dientes se alinean y resplandecen en medio de la oscuridad. Una vez que le doy su comida, inmediatamente debo alejarme; comprendí que ella no tolera compañía mientras devora la carne. Hoy por la tarde me habló cosas en palabras ininteligibles, y creí notar en ella una especie de animadversión por nosotros los alijunas, los no wayuu. El dinero que aún tengo ya es poco y en algunos días se me estará agotando.

21 de septiembre

Es media noche. No sé cómo Chamma se las arregló para salir de su habitación. Yo dormía plácidamente. De súbito, abrí los ojos y ahí vi los suyos, de vaca, enormes y encolerizados en medio de las tinieblas. Gruñía y me decía “hombre de aire, alimento muerto”; después, su cara se borró en la densidad de las sombras, y detrás de ella la puerta se selló. Lo de hoy me hace creer que pronto volverá y terminará conmigo, sé que me engullirá. No tengo ya con qué alimentarla.

Allí concluye el diario. El sacerdote queda aturdido. ¿Podría alguien inventar tal cosa o tal vez sea posible todo lo leído? Decide regresar a la rancharía, antes de lo previsto y entrar a la iglesia, romper la cadena y mirar en la habitación. Porque esa es la habitación de la que habla el antropólogo en su diario.

Baja del vehículo, camina como un zombi en dirección a la iglesia. Los *wayuu* lo ven llegar y van detrás de él. Al abrirse la puerta, ellos se detienen, retroceden y tiemblan. El sacerdote ha decidido probar la veracidad del diario. Imagina, al paso, encontrarse una osamenta, una habitación repleta de huesos de animales y de hombres; entre ellos, los huesos del antropólogo, ahí, a la vista suya, tan blancos y resplandecientes que pudieran cegarlo. Ve la puerta abrirse, adentro todo está en tinieblas. Enciende la misma vieja lámpara de queroseno y es como si la luz fuera demasiado débil para lo que tiene que ver. Sin embargo, se santigua, dice lo que pudiera ser una oración y sigue. La puerta cruje, gimen las bisagras ya oxidadas por la sal del desierto. En el aposento, la luz gana brillo y llega hasta los espacios del fondo. El sacerdote queda petrificado. Ve borrosa la figura de lo que parece un ser humano. Lo que sea está vivo y la llama de la lámpara se aviva al tocarlo. Él se santigua de nuevo; aguza la mirada y logra reconocer la imagen deformada de un hombre tímidamente recostado a la pared, quizás de unos cincuenta y cinco o sesenta años, de cabello rubio y largo y desordenado; la expresión de su rostro se muestra huesuda y triste, y en los ojos desorbitados parece reconocer una luz de invierno casi ahogada. El sacerdote cree haber visto esa mirada antes, en alguna parte que ahora no precisa. Desde la puerta, le hace la señal de la cruz.

Biodata

Limedis Castillo Mendoza: Poeta, narrador, nacido en Riohacha, La Guajira; Colombia. Magister en Informática Educativa, Especialista en Administración de la Informática Educativa. Trabajador Social, Normalista Superior con énfasis en Lengua Castellana. Docente catedrático, Universidad de La Guajira, tutor del Programa Todos a Aprender (PTA), Ministerio de Educación Nacional -MEN-, Institución Educativa Centro de Integración Popular, Riohacha, La Guajira, Colombia. Miembro del Grupo El Solar, Riohacha. Coautor del libro *Los Hijos del Pez*, doce errancias por una Guajira luminosa y del libro *Palabra y Residencia*, Literatura en Riohacha. Merecedor del premio departamental de ensayo: “Breve instantes poéticos en la poesía Guajira de los siglos XIX y XX”. Autor de libros de cuentos como *Siete formas del otro* (2007), galardonado con el Premio de cuento del Fondo Mixto de Cultura y las Artes de La Guajira; el libro de cuentos *Dunaria y el fuego* (2014) y del poemario *Plegaria de Ulises* (2015). Autor del libro de cuentos *Ritual de Arena y Viento* (2020).